

Estromatología. Teoría de los niveles fenomenológicos.

Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.

Por Teresa Álvarez

En su libro *“Estromatología. Teoría de los niveles fenomenológicos”*, Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina ensaya una teoría de los niveles fenomenológicos sin pretender abordar el desarrollo de una teoría general de estos niveles. Su aportación más original consiste en el planteamiento de los tres niveles que componen la *matriz fenomenológica*, haciendo hincapié en la necesidad de reconocer un nivel intermedio entre el nivel inferior – marcado por las relaciones intencionales con los objetos en el plano de la praxis - y el nivel superior de los esquematismos en el que se efectúan las síntesis originarias sin identidad de objeto. Este nivel es el eje central que permite el desarrollo de la matriz, de tal manera que sin él, la fenomenología permanecería oscilando a caballo entre un nivel dominado por la intencionalidad, que trae consigo el riesgo de un planteamiento propio del idealismo trascendental, y un nivel dominado por la eidética, que acarrea el riesgo de una vuelta al planteamiento propio de la metafísica tradicional. En su libro, Urbina presenta el recorrido intelectual de Edmund Husserl y las oscilaciones de su pensamiento entre ambos extremos de la matriz, idealismo trascendental y eidética, observando cómo a medida que el autor avanza en la exploración de la perspectiva genética, se acentúa el planteamiento idealista, especialmente a partir de la articulación del esquema intencional entorno a la distinción entre *noesis* y *noema*. La propuesta de Urbina de una “estromatología” impide la identificación entre intencionalidad y eidética, introduciendo un nivel originario que bloquea la radicalización de ambos extremos de la matriz y da lugar a una estratificación de las correlaciones intencionales en diferentes niveles. El autor encuentra en este nivel originario la justificación de la separación entre el método seguido por el análisis fenomenológico, el cual procede por *catábasis*, descendiendo desde un nivel originario de síntesis sin identidad, que resulta tras la efectuación de la



hipérbasis o reducción máxima, por un lado, y el método seguido por el análisis de las ciencias naturales, por otro, el cual procede por *anábasis*, ascendiendo desde los niveles inferiores de la escala natural al nivel de los fenómenos que constituyen la realidad humana. Urbina sostiene la complementariedad de ambos métodos, es decir, de la *anábasis* propia de las ciencias naturales y la *catábasis* propia de la fenomenología, pero advierte de los peligros que se derivan de las interferencias entre los métodos de ambos enfoques, ilustrando esta confusión de perspectivas en la teoría de las fases del ser de Simondon. Ambos caminos deciden la distinción entre el *mundo vivido*, lo dado en la realidad humana como último término de la serie natural y la idea husserliana de *Lebenswelt*, lo dado en la realidad humana elaborado y comprendido desde un punto de vista fenomenológico.

La matriz que constituye esta *estromatología* se articula en torno a dos ejes: un primer *eje vertical* articula la matriz desde el nivel originario en el que se da un ínfimo grado de intencionalidad, al nivel propio de la actitud natural, en el que se ejecutan los actos plenamente intencionales del sujeto. Urbina destaca la permanencia de un nivel mínimo de intencionalidad en el nivel originario en lugar de afirmar la supresión de cualquier caso de actividad consciente por parte del sujeto, distanciándose del planteamiento de otros fenomenólogos como Michel Henry. Un segundo eje *horizontal* articula la matriz en tres niveles que corresponden a las operaciones, los contenidos y las síntesis. La correlación de *operaciones-contenidos-síntesis* se mantiene en todos los niveles de la matriz, estratificándose de un modo u otro según el grado de intensidad de la intencionalidad o de indeterminación de los contenidos hyléticos. Si bien las operaciones tienen en el nivel inferior un carácter intencional pleno, cabría hablar también de operaciones en el nivel originario, siendo así que dichas operaciones realizadas con un mínimo nivel de intencionalidad le son atribuidas a un inconsciente fenomenológico no egoico. Al igual que sucede en el caso de la intencionalidad, Urbina reconoce una constancia cualitativa de los contenidos hyléticos en los tres niveles que componen la matriz. Las diferencias relacionadas con los contenidos hyléticos en cada nivel derivan del grado de determinación de los mismos, siendo así que en el nivel originario la *hylê* se encuentra en un estado de máxima indeterminación pero al mismo tiempo de máxima riqueza y concreción. A medida que se avance en el nivel de

intencionalidad aumentará el grado de determinación de la *hýlē*, produciéndose una pérdida de la concreción y la riqueza originarias. Esta continuidad de la intencionalidad – sólo variable en cuanto a su intensidad - y la *hýlē* – sólo variable en cuanto a su grado de determinación – garantiza la unidad de la matriz fenomenológica y la posibilidad de una comunicación entre los diferentes niveles analizada a partir de su transposición. Por medio de este concepto, Urbina alude al proceso por el cual cada nivel es analizado desde el nivel inmediatamente superior, analizando los desplazamientos que se han observado en relación al primero y la resonancia que ejercen los contenidos de los niveles superiores sobre los niveles inferiores de la matriz. La articulación de la matriz en torno a los ejes de la intencionalidad y los contenidos hyléticos le permite a Urbina situar su fenomenología a caballo entre la última propuesta husserliana, que deriva a una afirmación radical del carácter constituyente de la intencionalidad, desembocando así en la defensa del idealismo trascendental, y la propuesta de Michel Henry, que anula la presencia de intencionalidad en este nivel originario defendiendo la autodonación pura de la *hýlē* en ausencia de cualquier actividad por parte del sujeto. Dada la importancia concedida a la continuidad de la *hýlē* en este equilibrio entre ambas fuerzas “antagónicas”, Urbina concluye en considerar a la estromatología como el verdadero materialismo fenomenológico.

Podemos, sin embargo, plantearnos en qué medida este planteamiento pueda ser considerado materialista. Urbina concibe esta materia originaria o *hýlē* como un contenido indeterminado que *emana* en dirección al resto de niveles de la matriz, de tal manera que los contenidos con los que opera el sujeto en el nivel pragmático propio de la actitud natural no son sino concreciones o determinaciones de esta materia originaria. Nos preguntamos, sin embargo, si una teoría que se conciba como materialista por oposición a un planteamiento idealista, podría aceptar este carácter derivado del nivel de la materia física (M1 en la teoría de Gustavo Bueno) en relación a la materia trascendental. ¿No resulta más bien esta materia trascendental de la transformación a partir de los contenidos primarios con los que opera el sujeto en el nivel más básico? Encontramos las mismas dificultades en relación a la noción de “sujeto” que propone Urbina. El autor afirma que el nivel originario es el espacio de temporalización y espacialización originarias en las que se crea el sentido a la vez que se crean el tiempo y

el espacio *en medio* de una comunidad de singulares. Nos preguntamos entonces qué permitiría hablar de singularización en este nivel originario en el que domina un ínfimo grado de intencionalidad por parte de los individuos. ¿No cabría reconducir este máximo grado de singularidad o de dominio de lo concreto singular justamente al nivel operatorio en el que la corporeidad determina la singularidad de cada sujeto operatorio? De lo contrario, permanece sin explicar cuál sea el fundamento de la síntesis: ¿cómo explicar la paulatina construcción de síntesis esquemáticas sin identidad, síntesis de identidad sin objeto y síntesis plenamente objetivas en el nivel pragmático? En último término sólo cabría justificar la constitución de esquemas en el nivel originario gracias a la mediación del ejercicio de una intencionalidad, que pese a su leve intensidad determinaría la creación originaria de unidades esquemáticas de sentido. ¿Podemos considerar materialista esta justificación última de la creación de síntesis de identidad a partir del ejercicio intencional del sujeto que conoce?

El nivel originario que presenta Urbina se halla , en efecto, alejado de las operaciones prácticas concretas que pueda realizar el sujeto en el nivel pragmático. En este nivel originario se produce la temporalización y espacialización originarias, siendo los rasgos definitorios de ambas la irreversibilidad y la separación. En este sentido observamos la influencia de la intencionalidad en este nivel originario, pues tanto la linealidad concedida al tiempo en este estrato originario como la separación en el espacio, corresponden a la linealidad y la direccionalidad que caracterizan a la intencionalidad. Urbina presenta las características principales de la temporalidad y la espacialidad en el resto de niveles que integran la matriz fenomenológica: en el nivel intermedio de creación de síntesis de identidad sin objeto el tiempo se define por su carácter sucesivo y la espacialidad por la exterioridad que se establece entre la esfera psíquica donde tienen lugar todos los fenómenos de representación simbólica y el mundo exterior al sujeto; en el nivel pragmático el tiempo se define por su carácter continuo y el espacio por la distancia establecida entre los diferentes agentes y objetos que coexisten en el ámbito operatorio. Aquí tropezamos con otra de las dificultades para comprender la interpretación que hace Urbina de la obra de Husserl: si en las lecciones de Husserl sobre la conciencia interna del tiempo, la continuidad del flujo subjetivo de conciencia se presenta como el garante de la continuidad en la constitución de los

objetos-tiempo (Zeitobjekte), Ortiz de Urbina presenta a la sucesión como el rasgo principal de este flujo que permitiría dilatar las impresiones que el sujeto percibiría de un modo continuo. Pareciera más bien que las estructuras que Husserl atribuye a la configuración subjetiva del tiempo, de acuerdo con el juego de retenciones y protenciones, permiten generar la continuidad dilatada que resulta inasible en la mera sucesión de impresiones. En definitiva nos preguntamos acerca de la posible confusión entre los rasgos de la temporalidad y la espacialidad de los niveles primario e intermedio. ¿No serían la sucesión y la exterioridad justamente los rasgos del mundo físico en el que operan los sujetos? La subjetividad queda estructurada en niveles correspondientes a los diferentes estratos de la matriz: en el nivel pragmático que Urbina considera posicional pero no originario, ejerce su actividad el sujeto operatorio. En el nivel intermedio la subjetividad corresponde a un sujeto transoperatorio reflexivo y en el nivel originario la subjetividad se disuelve en un inconsciente fenomenológico, un tipo de subjetividad no egoica o anónima que Urbina retrata como una comunidad de singulares. La existencia de esta comunidad originaria permitiría explicar las posteriores experiencias de empatía (Einfühlung) que experimentan los sujetos en el espacio intersubjetivo.

Otro de los logros del libro de Urbina anticipados anteriormente consiste en aminorar el peso de la *eidética* en la fenomenología husserliana. La búsqueda de esencias invariables que en obras como *Experiencia y Juicio* se presenta como resultado del libre juego de la imaginación, aniquilaría la distinción de niveles efectuada por Urbina y el reconocimiento de diferentes grados de actividad intencional, pues en última instancia todos los fenómenos quedarían disueltos como meras apariencias ante estos tipos ideales. La variación eidética acontece en el nivel intermedio, más allá de las generalidades empíricas que quedan constituidas en el nivel primario y que permiten establecer la identidad de los objetos gracias a las leyes de asociación (*Experiencia y juicio*). Urbina presenta la eidética como uno de los procesos de creación de sentido que desbordan la correlación existente entre la intencionalidad y los contenidos eidéticos. A causa del carácter problemático del nivel intermedio de la matriz en el cual acontece la actividad simbólica del sujeto, los procesos de creación de sentido desbordan la capacidad del lenguaje para referirse a la realidad y se produce un desquiciamiento de la

representación tanto de manera regresiva, por medio del mito, retrocediendo al nivel originario en el que se gesta el sentido con anterioridad a toda determinación mediante el lenguaje, como de manera progresiva, superando las correlaciones entre expresiones del lenguaje y objetos mentados con la búsqueda de tipos ideales que recojan la esencia de los singulares (lo universal deshumanizado). El arte sería la tercera actividad que desborda el nivel simbólico y se sitúa entre el nivel primario de la percepción y la experiencia estética, en contacto con el nivel originario.

Este nivel intermedio en el que impera la mediación simbólica por medio de imágenes supone una ampliación objetiva en relación al nivel primario en el que acontecen las síntesis con referencia a objeto, por medio del ejercicio de una doble síntesis que desdobra la referencia intencional: la representación que aparece en la imagen tiene como tema un objeto no presente, y de este modo amplía la experiencia inmediata del sujeto abriendo el espacio de lo *posible*. La escalera que conduce al nivel de lo originario se desplaza ampliando el ámbito de la experiencia inmediata hacia elementos no presentes y, de este modo, el propio mundo de la experiencia cotidiana se ve penetrado por objetos que lo trascienden. Urbina no entra en las sutiles distinciones realizadas por Husserl (*Fantasía y conciencia de imagen*) entre los diferentes modos inmediatos y mediatos de referencia al objeto que se dan en la imagen y en el signo. Estas distinciones serían necesarias para diferenciar el modo de presentación del signo, que no remite a lo representado bajo la forma de una presentificación sino que queda fijado al significado mentado gracias a la repetición, y la imagen, que remite por semejanza de manera *inmediata* al objeto mentado ausente. El modo de representación por medio de signos escapa a la lógica del monólogo interior en el que sí se da la referencia inmediata a lo mentado. Creemos que aquí reside otra debilidad del libro de Urbina: la consideración del lenguaje como un mecanismo de expresión simbólica, similar al resto de manifestaciones expresivas del sujeto. Esta perspectiva, que equipara la comunicación entre sujetos al monólogo interior u otras formas de expresión de la propia subjetividad, no atiende a la dimensión pragmática del lenguaje ni a los efectos que produce fuera del propio sujeto. Tampoco permite reconocer el carácter objetivo del lenguaje, compartido por varios sujetos. Ante la distinción del autor entre el nivel inferior pragmático y el nivel intermedio simbólico, podemos preguntarnos si en el trato

práctico o técnico con los objetos el sujeto no se ve igualmente envuelto en procesos simbólicos.

Sí subraya la importancia de distinguir entre la imagen como representación de objetos y la fantasía perceptiva, la cual lejos de reconducir las impresiones fugaces o *phantasmata* al esquema desplegado de la percepción, se limita a recibir la sucesión fugaz de estas impresiones fugaces que no quedan canalizadas en los parámetros de la representación. Phantasmata e impresiones serían los dos modos de presentación de los contenidos hyléticos ante el sujeto. Justamente gracias a este desajuste en la aparición que se muestra en el caso de las fantasías perceptivas resulta posible atender a la diferencia entre *aparecencia* y *aparencia*, el aparecer de los fenómenos y los propios fenómenos que aparecen. El mayor o menor grado de desajuste motivaría el inicio de la actividad simbólica de tal manera que Urbina insinúa una mayor sensibilidad hacia estas fantasías perceptivas en el caso de individuos que experimentan y efectúan una intensa actividad simbólica. El reconocimiento de que la misma *hylê* se muestra como impresión susceptible de ser percibida o *phantasmata* nos remite de nuevo al problema del fundamento de las síntesis esquemáticas que acontecen en el nivel originario: dado el carácter intermitente y fugaz de estos phantasmata, nada impide que puedan aparecer varios de ellos al mismo tiempo, en contra del carácter sucesivo de la aparición de las impresiones ordenadas de acuerdo a los principios de irreversibilidad y separación propios de la temporalización y la espacialización originarias. Como hemos señalado anteriormente la distinción entre *phantasmata* e impresiones depende en última instancia de la actividad intencional que imprime la flecha de la irreversibilidad al tiempo y retiene unas impresiones frente a otras separadas en el espacio. La intencionalidad resulta por tanto el fundamento último de la dispersión de impresiones sucesivas y su reunión en síntesis esquemáticas. La disociación entre intencionalidad y contenidos hyléticos como ejes de la matriz fenomenológica asegura el carácter trascendente de la *hylê* evitando la reducción de los significados a contenidos subjetivos inmanentes a la conciencia que amenazaba en la discusión mantenida entre Husserl y Twardowski.

A pesar de la continuidad que articula la matriz en torno a los ejes de la *hýlē* y de la intencionalidad, Urbina subraya los hiatos que permiten hablar de una discontinuidad entre los niveles. Para ello pone como ejemplos los números transfinitos de Cantor, que ilustran el hiato existente entre los niveles fenomenológicos inferior e intermedio, con el paso del infinito enumerable propio de la serie de los números naturales al infinito no enumerable, continuo, real que comprende los números trascendentes contenidos en los números reales; los problemas planteados por la física cuántica, que ilustran el hiato entre los niveles fenomenológicos intermedio y superior, y la experiencia artística en la que se reúnen ambos hiatos, por un lado entre la percepción objetiva y la comprensión de lo artístico (niveles inferior e intermedio) y, por otro, entre la comprensión de lo artístico y la experiencia estética (niveles intermedio y superior). A estos ejemplos se une la representación del proceso de *catábasis* fenomenológica que el autor encuentra en su lectura de *El castillo* de Kafka, y las diversas analogías que plantea entre las distinciones entre niveles que se efectúan en el terreno de la Física y en el de la propia fenomenología. En ambos dominios se produce una yuxtaposición de niveles en los que domina alternativamente la continuidad o la discontinuidad, de tal manera que Urbina compara, por un lado, la defensa de la continuidad del tiempo y del espacio propia de la Física clásica con el recurso a la eidética por el que la Fenomenología insiste en buscar esencias continuas e infinitas y, por otro, la discontinuidad que caracteriza al nivel cuántico con la discontinuidad que introduce la intencionalidad en la Fenomenología. Por cuestiones de espacio no entraremos a valorar cada uno de estos ejemplos de manera detallada, de modo que baste su enumeración para mostrar los contenidos de la *Estromatología* de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.